

»tra incomparable majestad.» Apenas hubo pronunciado estas palabras, cuando recobró su primera tranquilidad, acompañada de una suavidad celestial tan perfecta, que no pudo dudar de que á Dios agradaba el designio que habia formado de dejarlo todo para seguirle á él solo (1).

El dia siguiente de esta ruda prueba, 6 de junio, fiesta á un tiempo de la Santísima Trinidad y de San Claudio, era el designado para la ceremonia de la fundacion del nuevo instituto. Este dia pareció á la piadosa Baronesa el mas hermoso de su vida.

Despues de haberse confesado con el santo Obispo y haber recibido la Comunion de su mano, visitó, en compañía de las señoritas Favre y Brechard, las iglesias de la ciudad, se despidió de sus conocidos, y por la tarde cerca de las siete, saliendo las tres de la casa del presidente Favre, donde vivian, fueron al palacio episcopal á pedir la bendicion del santo prelado, el cual, contemplando estas tres víctimas coronadas de gozo y alegría, «sois muy felices, les dijo, vosotras á quien el Señor os ha escogido: »tened un ánimo grande y humilde; Dios será vuestro »guía, y bajo sus divinos ojos marchareis victoriosas »sobre las cabezas de vuestros enemigos.» Entregando luego á la Señora de Chantal un compendio de las Constituciones que habia compuesto para ellas, «seguid este camino, »les dijo, y hacedlo seguir á las que Dios ha destinado á »marchar sobre vuestras huellas.» Despues de esto, levantando los ojos al cielo, las bendijo: «En el nombre de »Dios todopoderoso, que las atraia; en el del Hijo, sabiduría eterna, que las dirigia; y en el del Espíritu Santo, »que las animaba con sus amorosas llamas.»

Partieron luego formando una especie de procesion; el baron de Thorens conducia á la Señora de Chantal, su suegra; Juan Francisco de Sales, á la señorita Favre, y Luis de Sales, á la señorita de Brechard. Todo el pueblo estaba en las calles esperándolas, y al verlas pasar, hacia

(1) Memorias de la Madre Chaugy, p. 116.

resonar el aire con alabanzas y bendiciones. Llegados á la casa que iba á ser la cuna de la órden de la Visitacion, se dirigieron primero á la capilla, y al entrar en ella la Señora de Chantal, prorumpió en esta exclamacion de felicidad: «Hé aquí, hermanas mias, el lugar de nuestras delicias y de nuestro descanso.» Allí, de rodillas, dieron gracias á Dios con el cántico tres veces repetido del *Gloria Patri*, y le pidieron el cumplimiento de su santísima voluntad en su empresa, con una perfecta caridad entre sí; luego la Señora de Chantal abrazó tiernamente á sus dos compañeras, y estas, reconociéndola por superiora, la prometieron obediencia como á Dios mismo, cuyo lugar ocupaba. La nueva superiora las leyó luego el reglamento de la casa, para que se observara inmediatamente con exactitud y amor; y como ya era tarde, hicieron su oracion, y fueron á dejar con alegría, para siempre, sus vestidos seculares y á descansar.

Nunca las dos compañeras de la señora de Chantal habian tenido un sueño tan dulce y tranquilo; no sucedió lo mismo á la superiora, que durmió poco, abismada como estaba en el doble sentimiento de la presencia de Dios y del reconocimiento que le debia. Al dia siguiente fue á despertar á sus dos compañeras, y las vistió el hábito del noviciado: Francisco fue á las ocho á celebrar la Misa, les hizo una exhortacion sobre la fidelidad en guardar las reglas de su nuevo estado (1); y así empezó esta bella órden, cuyo desarrollo veremos en el capítulo siguiente.

## CAPITULO II.

### Desarrollo de la Orden de la Visitacion.

El noviciado de las primeras religiosas de la Visitacion fué todo lo que se podia esperar de las santas disposicio-

(1) Mem. de la Madre Chaugy, p. 121 y sig.



nes que las habian preparado á la vida del claustro. Todas las mañanas oian en su capilla la Misa del santo Obispo ó de su capellan, y el resto del dia se repartía entre la oracion, la meditacion, las obras de piedad y las de caridad; guardaban el mas riguroso retiro; no salian nunca del monasterio; y observaban una vida angélica. Oigamos á la misma Madre de Chantal hacernos la descripcion de ella.

«Desde el primer dia de nuestro retiro, dice (1), nos pusimos á ejecutar muy exactamente todo lo que nos estaba señalado, que eran las mismas prácticas que hoy se observan. Hacíamos escrúpulo de la nueva observancia, hasta el punto de que habiendo nuestras dos amadas hermanas gustado, sin comerla, una de las peras de la huerta, que estaban caidas, para saber si era tiempo de recogerlas, tuvieron tanto escrúpulo, que lo consultaron con nuestro bienaventurado padre, el cual les mandó confesarse de ello y decirlo á la superiora, así como todas las faltas que hicieren contra la observancia, por pequeñas que les pareciesen. Este gran santo nos imprimió un amor á la sencillez y á la exactitud tan perfecto, que á la menor falta sentíamos un gran remordimiento de conciencia, y nadie podia sufrir nada en su corazon, sin que al instante fuese á arrojarse á los pies de la superiora, para decir la culpa con gran sentimiento y humildad. Nunca se verá mas candor, inocencia y santa alegría, que la que reinaba en aquellas queridas almas; y todo acompañado de una confianza tan grande en la Providencia, que se encerraron en esta casa sin ninguna provision, ni un pedazo de pan ni una gota de vino, y creo que sin ningun pensamiento de inquietud por eso. No habia mas que una pequeña suma de dinero para esta empresa, toda fundada en la confianza en Dios; lo que hacia decir á nuestro bienaventurado padre, que la Divina Providencia lo habia hecho como el mundo, todo de la nada. Esta pobreza era uno de nuestros principales consuelos,

(1) Cartas de Santa Juana Francisca.

»y me acuerdo del gozo que sentimos cuando, habiendo comprado nuestra buena hermana tornera un saco de carbon por tres sueldos, fuimos las tres con nuestras llaves, segun previene la regla, á abrir el cofre del dinero, y no encontramos mas que estos tres sueldos. Nos arreglábamos entonces segun nuestra pobreza, pero nunca nos ha faltado cosa alguna necesaria. Gozábamos de una santa paz en nuestro retiro, favorecidas con las sagradas instrucciones que nos daba nuestro bienaventurado padre y señor, con su suavidad y celo incomparables. Tan felices las tres con la buena hermana tornera, y con tan gran dulzura, que nuestra amada hermana Favre decia con frecuencia, que si no fuera por la gloria de Dios, hubiera querido que pasásemos la vida sin que se aumentase el número.

»Hacia fin de julio, dos hermanas de singular virtud, la hermana Roget y la hermana Chastel, vinieron á unírsenos, y en el mes de diciembre llegaron otras tres, de suerte que nos encontramos ocho de comunidad. Es imposible referir las gracias y celestiales favores que Dios derramaba en estas queridas almas; y se veia brillar en la pequeña comunidad una exactitud tan delicada á la observancia de nuestras reglas, un recogimiento y un espíritu de oracion tan grandes, un candor é inocencia tan infantiles, tal suavidad, dulzura y santa alegría en las conversaciones, y un mútuo amor tan grande, que hacian un paraíso de delicias de la estancia en esta casa. No se hablaba mas que de Dios y de los medios de adelantarse en su santo amor: lo que causaba á nuestro santo fundador consuelos indecibles. Nos visitaba á menudo, nos confesaba cada quince dias, y daba pequeñas conferencias espirituales para enseñarnos la verdadera perfeccion, encargando á cada una segun sus necesidades, la práctica de alguna virtud particular.»

En medio de estos santos ejercicios, las fervorosas novicias suspiraban, con un ardor incomparable por el momento feliz en que pudieran hacer la profesion. «¿Cuán-



»do llegará, escribía la Madre de Chantal al santo Obispo, rogando que sería pronto reemplazado por un donativo que había ofrecido el presidente Favre, y que así los pobres no quedarían perjudicados. La superiora se dejó persuadir; pero apenas hubo concedido el permiso y empleado el dinero, cuando, atormentada por el temor de haber desobedecido, se apresuró, aquella misma noche, á escribir al santo Obispo para informarle de lo ocurrido. Este, profundamente afligido con este acto de desobediencia, muy de mañana vino al monasterio para corregirla. Así que se presentó, la Madre de Chantal se arrojó á sus piés y le pidió perdón con muchas lágrimas. «Esta es, hija mia, le contestó con un rostro grave y majestuoso, esta es la primera desobediencia que me habeis hecho, que me ha quitado el sueño una gran parte de la noche, y me ha hecho sentir un disgusto que no podré espresaros.» A estas palabras la superiora, profundamente afligida por haber contristado á su santo padre, á quien reverenciaba como á un ángel del cielo, estuvo á punto de caer desvanecida, y costó trabajo reponerla por su gran dolor.

»el día feliz en que haga y renueve la irrevocable ofrenda de mí misma á Dios? Su bondad me ha llenado de sentimiento tan extraordinario y tan poderoso de la gracia que hay de ser toda suya, que si este sentimiento dura en todo su vigor, me consumirá. Nunca he tenido deseos mas grandes y afectos mas ardientes de la perfeccion evangélica. Me es imposible espresar lo que siento, ni la gran perfeccion á que Dios me llama. ¡Ay! á medida que me resuelvo á ser muy fiel al amor del Salvador, me parece cosa imposible corresponder á toda la grandeza del atractivo de este mismo amor. ¡Oh, qué cosa tan penosa es para el amor esta barrera de nuestra impotencia! Pero ¿qué es lo que digo? Yo rebajo el don de Dios con mis palabras, y no puedo esplicar ese sentimiento de amor que me solicita á entera pobreza, humilde obediencia y perfecta pureza.» (1)

Por último, tocando á su fin el tiempo del noviciado para la Baronesa de Chantal, la señorita Favre y la señorita de Brechard, el santo Obispo fué á examinar á cada una sobre sus disposiciones interiores; y habiéndolas encontrado no solo resueltas á continuar el género de vida cuyo ensayo acababan de hacer, sino llenas de las virtudes propias para el instituto que meditaba, señaló el día de su profesion, y determinó la clase y la forma del hábito que habian de llevar, queriendo que todo respirara en él sencillez y pobreza (2). Desde entonces las futuras profesas se ocuparon en adornar la capilla para el día de la ceremonia; pero para esto se necesitaba dinero, y solo tenían una corta cantidad que les habia traído últimamente el Obispo para proveer á las necesidades de los enfermos, prohibiéndoles emplearlas en otra cosa. En este apuro las hermanas Favre y Brechard pidieron con instancias á su superiora les permitiese echar mano de este dinero, ale-

(1) Memorias de la Madre de Chaugy, p. 131.

(2) Idem., *ibid.*, p. 1.

Habiendo llegado el día de la profesion, el santo fundador, despues de haber confesado á sus tres amadas hijas, las habló del sacrificio que iban á hacer con palabras enteramente celestiales, abrasadas en el fuego divino que le consumia; y mientras que hablaba, se veía brillar en su rostro una alegría santa, mezclada con una majestad y una gravedad estraordinarias. Habiéndose luego revestido de sus ornamentos pontificales, y sentado en un sillón, pronunció un solemne discurso, en el que comparando las tres personas cuya profesion iba á recibir con los tres granos de trigo que, llevados por casualidad á cierta provincia y arrojados en tierra, se multiplicaron de tal suerte que en pocos años todo el país fué abundante en trigo, dijo, como en espíritu de profecía: «Veremos igualmente, así lo espero, á estas tres pequeñas almas, que la providencia de Dios ha sembrado aquí, como en un pequeño rincón de la tierra, multiplicarse sin número; la divina misericordia las bendecirá, y será glorificada en ellas.»



Concluido el sermón, la superiora y las dos hermanas Favre y Brechard hicieron su profesión con un fervor y una alegría que tenía algo de celestial, y que hicieron derramar lágrimas á todos los asistentes. Entonces fué cuando la Señora de Chantal, en los trasportes de su alegría y sin premeditación alguna, entonó por tres veces el verso á que se asoció todo el coro: *Hæc requies mea in sæculum sæculi; hic habitabo quoniam elegi eam.* «Hé aquí el lugar de mi descanso para siempre, la mansión de delicias que mi corazón ha escogido;» de donde vino á la Visitación la costumbre de cantar este verso después de todas las profesiones. La ceremonia que se observó entonces, fué el modelo de lo que se hizo en lo sucesivo y de lo que se hace aún hoy, con la corta diferencia de que, en vez de los votos que se hacen ahora, no hicieron más que una simple ofrenda de sí mismas á Dios, porque el primer designio de Francisco era establecer, no una orden religiosa, sino un instituto donde no hubiera otros lazos que los de la caridad, que es el vínculo de la perfección. «Y ciertamente, añade la Señora de Chantal al referir esto, este lazo nos estrechaba tan fuertemente, por la íntima resolución que teníamos de perseverar en esta forma de vida, como hubieran podido hacerlo todos los votos del mundo.» Toda la alta sociedad de Annecy, que había asistido á esta tierna ceremonia, quiso dar las felicitaciones de costumbre á las nuevas religiosas; pero el santo Obispo no lo consintió. «Retirémonos, dijo á la concurrencia, dejemos á estas nuevas esposas de Jesucristo saborear en silencio el don de Dios.»

Sin embargo, no todos aprobaban la nueva orden, y algunas personas que no entendían nada de las obras de Dios, la hicieron el objeto de sus burlas, y la pusieron en ridículo aun en presencia del santo fundador. Un día en que el hombre de Dios, hablando con una persona de distinción, le decía el designio que tenía de hacer tapiar una ventana del monasterio que daba á la calle: «Hareis bien, monseñor, le contestó esta; porque no se ve luz en vues-

tra empresa.» (1) Otros, burlándose de las pocas austeridades exteriores acostumbradas en la Visitación, decían: «Que estas religiosas habían encontrado el secreto de ir al cielo por un camino sembrado de rosas sin espinas, de entrar en él por otra puerta que la de la Cruz, y con otra llave que la que el Hijo de David llevó sobre sus hombros.»

Algunos críticos mal intencionados llegaron hasta llamar al nuevo instituto la cofradía del descendimiento de la cruz, porque decían que las religiosas, huyendo de los sufrimientos, habían descendido á Jesucristo (2), y profetizaban que el día que faltase el Obispo ó la Madre de Chantal, la obra vendría á tierra y se desvanecería como el humo.

El santo prelado consultó sobre todos estos juicios del mundo á un célebre Jesuita, el padre Ignacio Armando. «Monseñor, le contestó éste, dicen que fundais un hospital mas bien que un monasterio, pero así es el mundo, que siempre encuentra que decir de todo. Tenemos monasterios austeros, y el mundo les acusa de indiscreto rigor; con vuestra Visitación, que no es ni demasiado suave para las fuertes ni demasiado austero para las débiles, fundais imitadoras de la benignidad del Verbo humanado, que no desechaba á nadie; y esto lo censuran los hijos del mundo, cabezas vacías de las máximas del Crucificado, que no saben lo que cuestan estas palabras: negarse á sí mismo para vivir en Dios, renunciarse á sí mismo para llevar su cruz..... Se encuentra en vuestra institución la pobreza de Belén y las razonables comodidades de Nazaret; la soledad del desierto y la dulce conversión de Bethania; en fin, se ve en la Madre de Chantal la imitación del Salvador pobre, dulce, benigno, cordial, oculto, retirado, orando, conversando, amando la soledad, sirviendo al prójimo, glorificado en el Tabor, crucificado en el Calvario.»

(1) Dep. de Angélica de la Pesse.

(2) Espíritu de S. Francisco de Sales, p. V, sec. VII.



Alentado con estas buenas palabras, el santo fundador, en medio de todas las críticas, adoró con paz y confianza la Providencia divina, que de los mas débiles principios hace salir á menudo grandes cosas. «Cuando la Providencia, decia, hace conocer sus designios, es preciso seguir adelante, digan los hombres lo que quieran. Los oprobios no son temibles donde hay provecho para las almas; y aun cuando este establecimiento no hubiera servido mas que para impedir un solo pecado mortal, estaría contento. Los hombres, añadía, piensan que á mi muerte todo se deshará; pero nuestra Madre, que no muere y que reina para siempre en el cielo, es mas poderosa para sostenerla que todos los hombres juntos para destruirla.» La madre de quien queria hablar era la Santísima Virgen, la cual, en efecto, las sostuvo tan bien, que en menos de sesenta años la Orden contó ciento veinte monasterios (1).

No hacia mas que cinco semanas que el santo Obispo habia recibido la profesion de estas nuevas religiosas, cuando murió el presidente Fremiot, lo que le produjo un dolor inmenso. Perdía en este magistrado eminente un amigo sincero, y para un corazon como el suyo, una pérdida así era muy sensible. Tenia además que dar esta triste noticia á la Madre Chantal, y sabia cuánto iba á sufrir con ella su corazon filial. Se armó de valor para ir á llenar esta dolorosa mision, y así que con delicadas prevenciones hubo pronunciado las terribles palabras: «Vuestro padre ya no existe.—¡Ay! exclamó, ¿cómo ha muerto?—Muy santamente, contestó Francisco, y en los brazos de su hijo el Arzobispo de Bourges.—Dios sea bendito,» añadió; y asegurada así de la suerte eterna de su buen padre, sostenida tanto por la palabra como por la presencia venerada de su santo director, no se dejó abatir por este rudo golpe, y pareció tranquila y dueña de su dolor. Pero cuando estuvo sola, entregada á sí misma, la sen-

(1) Dep. de Miprest.

sibilidad natural se sobrepuso, la tierna hija lloró amargamente; luego el dolor, que es ingenioso en atormentarse, le trajo al pensamiento que quizás su retiro habia anticipado la muerte de su padre; que si hubiera dilatado un año su salida del mundo, hubiera podido tributarle los últimos deberes; y toda su alma se conmovió, sintiéndose acometida de una turbacion punzante que se parecia al remordimiento. En medio de su afliccion se puso de rodillas en presencia de Dios, pronunció un acto de abandono de toda su persona á la voluntad divina, y al punto la paz sucedió á la turbacion y la luz á las tinieblas. En una circunstancia tan dolorosa, Francisco, atento á lo que exigian los deberes de la naturaleza y los intereses de familia, creyó conveniente enviar á Borgoña á la santa superiora, para que velase por los negocios y la educacion del joven Baron de Chantal, de quien se habia encargado el presidente Fremiot; y en su consecuencia, despues de haber renovado en manos del piadoso fundador el voto de pobreza, despues de haber recibido á la profesion á otras cuatro hermanas, las hermanas Roget, Chastel, Fichet, Milleloht, y de haber dejado de superiora durante su ausencia á la hermana Brechard, la Señora de Chantal partió para Dijon. Durante todo el camino no alteró apenas su vida del claustro: mostrándose exacta á todos sus ejercicios, siempre recogida en Dios, fiel en mortificar la curiosidad que disipa, y al mismo tiempo siempre graciosa, dulce, amable, atenta y hasta alegre cuando era necesario, y nunca molesta á nadie ni disgustada. Su llegada á Dijon fue un motivo de regocijo para toda la ciudad, y su estancia en ella un ejemplo de constante edificacion por su modestia y su humildad, su caridad y dulzura. El recordar lo que habia sido en el mundo y ver la vida pobre que habia abrazado, hablaba á todos los corazones con mas elocuencia que los mas bellos discursos. Allí puso en orden todos los intereses de su familia, con una amabilidad que probaba que la piedad bien entendida no quita nada de la inteligencia de los negocios; fue á consolar á su sue-